

deseaban en los conciliábulos de las Tullerías. La certeza de destruir y derribar á los hombres del 20 de Junio tranquilizaba todos los ánimos. El trono habia llegado á tal punto de decadencia, que no podia realizarse sino por una victoria. Esperaba la batalla, y se creia preparado á ella.

VII

Por su parte los girondinos y los jacobinos, consternados por la reaccion en la opinion que la jornada incompleta del 20 de Junio habia producido en Paris y en las provincias, se preparaban al último ásalto. Aunque no tuvieran un acuerdo previo sobre la naturaleza del gobierno que darian á Francia despues del triunfo del pueblo, tenian necesidad de triunfar, y conspiraban juntos para destronar su enemigo comun. La llegada de los marseleses á Paris debia ser para los dos partidos la señal y el medio de accion. Estos hombres enérgicos, feroces, sofocados por la larga marcha que acababan de hacer en medio de los calores del estío, y enardecidos en el camino por el incendio de las opiniones que devoraba las poblaciones y los campos, traian las llamas á Paris; más aguerridos para las empresas desesperadas que el pueblo fogoso pero poltron de la capital, los marseleses debian ser el centro de la gran insurreccion. Eran una banda de mil quinientos hombres, acceso viviente del furor demagógico que refluía de las extremidades del imperio para venir á dar fuerza al corazon. Se habian aproximado conducidos por jefes subalternos; los dos jefes habian llegado ántes á Paris; eran éstos los dos jóvenes marseleses Barbaroux y Rebecqui.

Este habia sido uno de los primeros agitadores de su país en 89, cuando en la eleccion de Mirabeau para la Asamblea constituyente se alborotaron Aix y Marsella; habiéndosele formado causa por su participacion en esta insurreccion, habia sido defendido por su elocuente cómplice ante la Asamblea; hecho jefe de los jacobinos de Marsella, se puso á la cabeza de los batallones de la guardia nacional de esta ciudad que habian marchado sobre Arles y arrancado á la venganza de las leyes á los asesinos de Aviñon. Enviado al tribunal de Orleans por este hecho, le declaró libre por la amnistía que los girondinos habian arrancado para los crímenes del Mediodía. Resuelto á llevar la revolucion hasta su término, aún á riesgo de traspasar los límites que ella se habia propuesto, Rebecqui, ligado entónces con los girondinos, habia vuelto á Marsella y reclutado, de concierto con Barbaroux, la columna móvil de marseleses de que los conspiradores de Paris tenian necesidad para electrizar á Francia y llevar á cabo sus designios. El llamamiento de esta fuerza popular fué pensamiento de madama Roland y ejecutado por sus dos jóvenes seides, y miéntras los oradores y tribunos de la Asamblea peroraban vanamente en los Jacobinos, en los Franciscanos y en el Picadero, agitando las masas sin darles el impulso preciso, una mujer y dos jóvenes tomaban sobre sí la responsabilidad de los acontecimientos, y preparaban el momento supremo de derrocar la monarquía.

Barbaroux y Rebecqui encontraron á Roland en los Campos Elíseos pocos dias ántes de la llegada de los marseleses; el antiguo ministro y los dos jóvenes se abrazaron con aquel sentimiento de solemne tristeza que precede en el corazon de los hombres resueltos hasta llevar á cabo proyectos extremos. Despues de haber hablado en voz baja de las desgracias de la patria y de los planes de que se ocu-

paban, convinieron, para no hacerse sospechosos á los espías de la corte, en tener al otro dia en casa de madama Roland su última entrevista.

Los dos marseleses fueron por la noche á la pequeña habitacion de la calle de la Harpe, en donde vivia desde su caida el ministro desgraciado. Madama Roland, alma de su marido é inspiracion de sus amigos, asistió á la reunion y la elevó á la altura y á la resolucion de sus ideas. «La libertad se pierde si damos tiempo á la corte,—dijo Roland;—Lafayette ha venido á revelar á Paris con su presencia dictatorial el secreto de las traiciones que ha meditado en el ejército del Norte; el del Centro no tiene ni comité, ni adhesion, ni general. ¡Dentro de seis semanas los austriacos estarán en Paris!»

Se desplegaron mapas, se estudiaron las posiciones, las líneas de los rios, las vertientes de las montañas, los desfiladeros que podian oponer obstáculos más inaccesibles á la invasion de los extranjeros; se designaron los campos de reserva destinados á cubrir sucesivamente las líneas secundarias, cuando las principales fuesen forzadas; en fin, se resolvió apresurar la llegada de los batallones de Marsella para ejecutar el decreto del campamento á la inmediacion de Paris, y para prevenir por una insurreccion decisiva el efecto de las *tramas* de la corte. Quedó convenido que Petion, que era necesario al movimiento proyectado por el ascendiente de su nombre, y necesario en el corregimiento para paralizar toda resistencia de la municipalidad y de la guardia nacional al complot, conservaria su papel de neutralidad legal é hipócrita, tan útil á los proyectos de los agitadores. Barbaroux, comiendo con él algunos dias despues, le dijo que no tardaria mucho en estar preso en su casa. Petion lo entendió y se sonrió; su mujer simuló asustarse. «Tranquilizaos, señora,—dijo Barbaroux;—si ponemos preso á Petion, será cerca de vos, y se le atará con cintas tricolores.»

Carra advirtió igualmente á Petion que no se le comprometeria respecto á sus deberes oficiales de corregidor, dándole una guardia de seguridad que, aparentando violencia, le impediria obrar en el momento de la insurreccion. Petion aceptó de tal suerte este papel en la comedia de legalidad que se iba á representar, que se quejaba despues del acontecimiento de que los conjurados habian tardado en hacerle prender, y tuvo que apresurar repetidas veces por sí mismo la llegada del destacamento que debia fingir su prision. Madama Roland fué el alma, Petion el medio, y Barbaroux, Danton y Santerre los directores del movimiento.

Los conspiradores buscaron durante algunos dias un general capaz de imprimir una direccion militar á sus fuerzas indisciplinadas, y de crear un ejército del pueblo contra el ejército de la corte. Pusieron los ojos en Montesquiou, general del ejército de los Alpes, que se hallaba en estos momentos en Paris, adonde habia ido para solicitar refuerzos. Montesquiou era ambicioso de gloria, de dignidades y de riqueza, adicto por su nacimiento al partido de la corte, y por sus principios y por la perspectiva que la revolucion abria á su fortuna, al partido del pueblo. Parecióle á Danton uno de esos hombres que se dejan ganar para prestar un gran servicio á la libertad como para prestárselo al trono. Roland y sus amigos tuvieron una conferencia con este general en casa de Barbaroux; allí le descubrieron parte de sus planes, que Montesquiou escuchó sin admiracion y sin repugnancia, pero no se decidió, por lo que creyeron que la corte se les habia adelantado, y que Montesquiou, dudando del resultado de esta última lucha entre el pueblo y el rey,

queria permanecer indeciso como la casualidad y libre como el acontecimiento; lo dejaron sin romper con él, y se decidieron á no dar al pueblo más táctica que su furor, ni otro general que su fortuna.

VIII

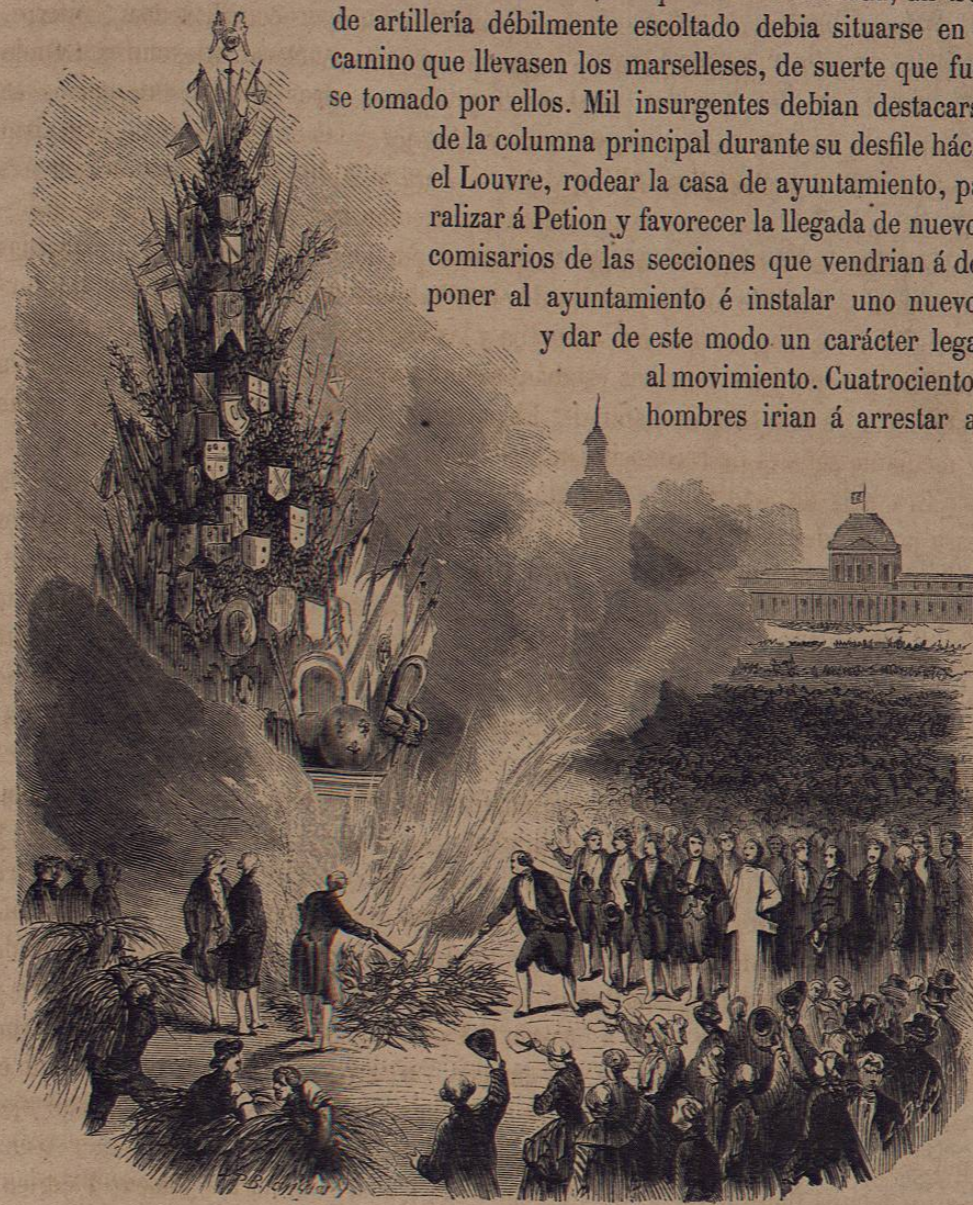
Al otro día, 29 de Julio, los marseleses llegaron á Charenton. Barbaroux, Bourdon de l'Oise, Merlin y Santerre fueron á recibirlos acompañados de algunos hombres arrojados de los Jacobinos y de los barrios. Un banquete fraternal reunió á los marseleses y á los conjurados de Paris, dándose las manos y confundiendo sus voces. Los jefes encontraron á su ejército, y el ejército halló á sus jefes; la acción no podia tardar. Despues del banquete, en que el entusiasmo que devoraba los ánimos rompió con la música de Rouget de Lisle, los conjurados despidieron por algunas horas á los marseleses, alojados en casa de los principales patriotas de Charenton, y se fueron á favor de la noche á una casa aislada del pueblo, rodeada de jardines y que servia hacia mucho tiempo de asilo á sus conciliábulos. Santerre, Danton, Fabre d'Eglantine, Panis, Huguenin, Gonchon, Marat, Alexandre, Camilo Desmoulin, Varlet, Lenfant, Barbaroux y algunos otros hombres de acción se encontraron en esta casa, que era donde en las jornadas de la revolución pasaban la víspera de aquellos días. Allí se daba la hora y la orden. Estas deliberaciones íntimas, pero las más veces tempestuosas, precedian á las resoluciones; unas callejuelas solitarias y extensos campos cultivados por los hortelanos de los arrabales separaban la casa de los conjurados de otras habitaciones; de suerte que la concurrencia de los conspiradores no se notaba y las vociferaciones se perdian en el espacio. Las puertas y las ventanas estaban siempre cerradas, dando á esta mansión la apariencia de una casa deshabitada. El portero no abria la puerta sino por la noche y mediante señales de reconocimiento convenidas de antemano.

Era más de medianoche cuando los directores del movimiento llegaron á la casa por senderos diferentes, con la cabeza aún aturdida con los himnos patrióticos y los vapores del vino. Por una de esas extrañas coincidencias que parecen asociar algunas veces las grandes crisis de la naturaleza á las de los imperios, una tempestad estalló sobre Paris en estos momentos. Un calor sofocante y seco habia ahogado la respiración durante el día, y espesos nubarrones jaspeados por la tarde con tintas siniestras tenían como eclipsado al sol en un océano aéreo. Hacia las diez, la electricidad se desprendia por millares de relámpagos parecidos á palpitaciones luminosas del cielo; los vientos contenidos detras del velo de nubes rugian cual alborotadas olas, abatiendo los sembrados, tronchando las ramas de los árboles y levantando los techos; la lluvia y el granizo resonaban en el suelo como si la tierra hubiera sido apedreada desde lo alto; las casas se cerraron, las calles y los caminos quedaron desiertos en un momento. Las exhalaciones, que no cesaron de estallar y herir durante ocho horas seguidas, mataron muchos de los hombres y mujeres que van por la tarde á proveer á Paris; algunos centinelas se encontraron abrasados entre las cenizas de sus garitas. Varias rejas de hierro, torcidas por el viento ó por el fuego del cielo, fueron arrancadas de los muros donde estaban fijas por goznes y llevadas á distancias increíbles. Las dos cúpulas naturales que se elevan por cima del horizonte de la campiña de Paris, Montmartre y Mont-Valerien, se transmitian mutuamente el flúido acumulado en las nubes que las envolvian.

Los rayos, atraídos con preferencia por todos los edificios aislados y cubiertos de hierro, derribaron todas las cruces que se elevaban en el campo y en las encrucijadas de los caminos, desde el llano de Issy y los bosques de San German y de Versailles, hasta la cruz del puente de Charenton. Al otro día, los troncos y los brazos de estas cruces yacian por el suelo, como si un ejército invisible hubiese derribado á su paso todos los signos que aborrecia del culto de los cristianos.

Alumbrados por estos rayos fué como los conjurados de Charenton deliberaron destruir el trono; Danton, Huguenin, Alexandre y Camilo Desmoulin, más en contacto con los cuarteles de Paris, respondieron de las disposiciones insurreccionales del pueblo.

Santerre prometió que cuarenta mil hombres de los barrios irian al otro día delante de los marseleses como para fraternizar con ellos. Se convino en situar á los federados focenses en el centro de esta formidable columna, y hacerla desfilar de los barrios á los muelles. Por orden de Petion, cómplice en la asonada, un tren de artillería débilmente escoltado debia situarse en el camino que llevasen los marseleses, de suerte que fuese tomado por ellos. Mil insurgentes debian destacarse de la columna principal durante su desfile hacia el Louvre, rodear la casa de ayuntamiento, paralizar á Petion y favorecer la llegada de nuevos comisarios de las secciones que vendrian á deponer al ayuntamiento é instalar uno nuevo, y dar de este modo un carácter legal al movimiento. Cuatrocientos hombres irian á arrestar al



14 de Julio de 1792.—Los diputados queman los trofeos expiatorios del feudalismo.—Pág. 448.

directorio del departamento. El arsenal, el mercado de trigo, los Inválidos, las casas de los ministros y los puentes del Sena se ocuparían por destacamentos numerosos. El ejército del pueblo, dividido en tres cuerpos, avanzaría sobre las Tullerías, acampando en el Carrousel y en el jardín con sus cañones, víveres y tiendas; se fortificaría con cortaduras, barricadas y reductos de campaña, interceptando así todas las comunicaciones entre el palacio y sus defensores de fuera si se presentasen. La débil guardia suiza de las Tullerías no trataría de resistir á un ejército innumerable provisto de artillería; no se atacaría á los otros regimientos suizos en sus cuarteles, contentándose con cercarlos y con decirles que esperasen inmóviles la manifestación de la voluntad nacional. Tampoco se penetraría á la fuerza en el palacio; únicamente se bloquearía al trono en su último asilo, y á imitación del pueblo romano cuando se retiraba al monte Aventino, se enviaría un plebiscito á la Asamblea para significarle que el pueblo, acampado alrededor de las Tullerías, no depondría las armas sino después que la Representación nacional hubiese provisto á los peligros de la patria y asegurado la libertad. Ningún desorden, ninguna violencia, ningún pillaje quedaría impune, ninguna sangre se derramaría; la abolición del trono se ejecutaría con estas imponentes demostraciones de fuerza que, desanimando toda resistencia, quitarían el pretexto y la ocasión de todo exceso. Este era un acto de la voluntad del pueblo, grande, puro é irresistible como él.

Tal era el plan de los girondinos, escrito con lápiz por Barbaroux, copiado por Fournier el Americano, uno de los jefes de los marseleses, y adoptado por Danton y por Santerre.

IX

Los conjurados juraron ejecutarlo al otro día por la mañana, y para precaverse recíprocamente contra la revelación de un traidor de entre ellos, convinieron en vigilarse mutuamente; cada jefe marseles se llevó uno de los jefes parisienses, y con cada director parisien iba también un oficial marseles. Heron fué con Rebecqui, Barbaroux con Bourdon, y así los otros, á fin de que la traición, de cualquier parte que viniese, tuviera al momento su vengador en el cómplice mismo que hubiese escogido. En cuanto á la decisión de la Asamblea nacional, se abstuvieron de prejuzgarla por temor de que naciesen divisiones en el momento en que la unanimidad era más necesaria. Es menester que el objeto de los partidos sea tan vago é indeciso como las pasiones y las quimeras de cada uno de los que los componen. Suprimir todo lo que no es necesario, no definir nada y esperar todo de la casualidad, es el prestigio de las revoluciones.

Solamente la abolición del trono era el grito general de los *patriotas*; la pedían ya en voz alta en los clubs, en las secciones, en las peticiones y en la Asamblea. El pueblo, acampado alrededor del palacio, que le mostraban como el foco de la traición, la pediría inevitablemente á sus representantes; pero haciendo descender al rey del trono, ¿elevarían á otro en lugar del depuesto? ¿Y á quién se llamaría? ¿Sería á un niño bajo la tutela del pueblo? ¿Sería al duque de Orleans? El duque de Orleans tenía familiares, pero pocos partidarios. Si su presumida complicidad contra la corte tentaba á algunos hombres sin honor y cargados de deudas, su

nombre mal afamado repugnaba á los amigos sinceros de la libertad. Nacimiento, fortuna, conformidad de intereses, popularidad, comunidad de opinión, adhesión á la causa popular, tales eran los títulos que tenía el duque de Orleans para ser coronado por el pueblo y para triunfar con él; no le faltaba más que uno: la consideración pública. El podía servir y salvar á su país, pero no podía dar lustre á la revolución. Esta era su única tacha. Robespierre y los jacobinos repugnaban aceptar su nombre, y los girondinos le desdénaban á causa de las personas de que estaba rodeado. Todos le separaron por un comun acuerdo del programa que se proponían.

Roland, Vergniaud, Gensonné, Guadet y el mismo Barbaroux, aunque indecisos y vacilantes ante la república, la preferían con toda su tendencia á la anarquía, á la dominación de un príncipe que hiciese pasar el trono de la violencia á la debilidad, y que diese, según ellos, á una Constitución joven y sana todas las miserias de la decrepitud. Cambio de dinastía, regencia, dictadura ó república, todo quedó en una reticencia completa entre los promotores del movimiento. Produjeron el acontecimiento, contentándose con prepararlo, sin preguntarle anticipadamente su secreto. Esta fué la marcha constante de los girondinos, impulsar siempre sin saber adónde. La casualidad fué la que hizo de estos hombres los instrumentos de la revolución, y la que no les permitió nunca dominarla. Por su carácter estaban destinados á dar el impulso, nunca la dirección; así fué que fueron arrastrados por ella á otra parte, y más lejos de lo que ellos se propusieron.

X

Este plan abortó por la imposibilidad de tomar durante la noche las disposiciones necesarias para la reunión de los insurgentes. Barbaroux acusó de esta detención á Santerre, que quería más la agitación de su arrabal que la caída del gobierno. Petion mismo no estaba pronto. Centro de todos los movimientos legales ó insurreccionales de la guardia nacional, confidente á la vez de los que querían defender la Constitución y de los que querían atacarla, hablaba á cada uno un lenguaje diferente y daba órdenes contradictorias, resultando una confusión de disposiciones, de consejos y de medidas, que dejando á todo el mundo en la incertidumbre sobre las verdaderas intenciones del corregidor de París, lo suspendía todo... Ni París ni los arrabales se movieron; los marseleses se pusieron en marcha sin otro acompañamiento que los jefes que habían venido el día anterior á fraternizar con ellos. Doscientos hombres de la guardia nacional y unos cincuenta federados sin uniforme, armados con picas y cuchillas, asistieron á su entrada en París. La hez de los arrabales y del Palacio Real, muchachos, mujeres y gente ociosa, formaban calle en la plaza de la Bastilla y en las demas que atravesaban para ir al corregimiento. Petion arengó á estas columnas, y se les destinó cuartel en la Calzada de Antin, al que se fueron.

Santerre y algunos guardias nacionales del arrabal de San Antonio les habían hecho preparar un banquete en un restaurant de los Campos Elíseos. No lejos de allí, en algunas mesas puestas en otro restaurant, se reunían premeditada ó casualmente cierto número de oficiales de la guardia nacional de los batallones adictos al rey, algunos guardias de corps licenciados y varios jóvenes escritores realistas.